

Precio 15 céntimos



ARTISTA EXTRANJERA

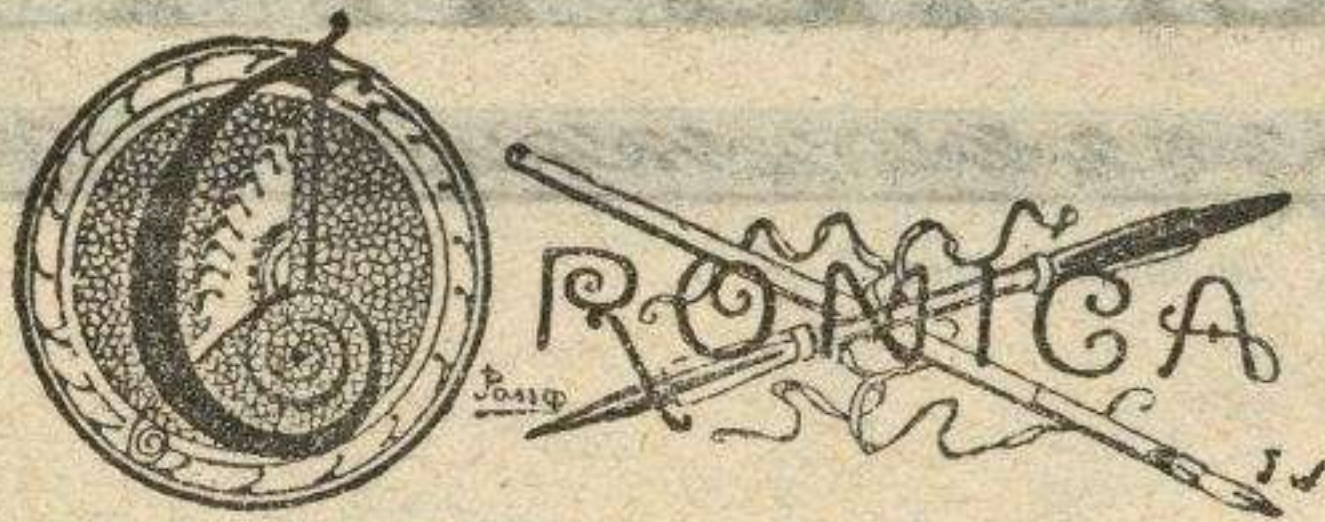


LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



¡El Peral de la música!

Así calificaban á Bretón sus enemigos de Madrid, á raíz del estreno de *Los amantes de Teruel*.

La obra se representó con éxito en España y en el extranjero, y Bretón seguía siendo el Peral.

Lo más particular del caso es que los enemigos de Bretón son excelentes músicos españoles, críticos discretos y ejecutantes notables.

¿Porqué esa inquina? Porque Bretón ha prosperado lejos de las camarillas y compadrazgos.

Modesto, inspirado, trabajador, sintió dentro de sí esa fe que levanta las montañas, y ha tenido la dolorosa paciencia de soportar una guerra declarada por parte de todos los elementos que algo valían.

¿Cómo? ¿no te doblegas?—Se dijeron—Pues has de sentir el poder de nuestra zarpa.

Y la sintió.

Para poner en escena *Los amantes* pasó por toda una Odisea.

Cuando se creyó triunfante menudearon los golpes, amparándose los que contra él se ensañaban en críticos extranjeros más ó menos venales.

Ahora *Garin* ha sido un paso de gigante, y el público de Barcelona ha resarcido á Bretón de todas sus amarguras pasadas.

Porque deben entender émulos, rivales y envidiosos que hoy el público sabe más que Lepe; que bien pueden reunirse todas las *coterías* ó camarillas para levantar una obra, que si esta no vale, no ha de dar entrada.

Y decimos esto en la contingencia de algo que se prepara en Madrid con ánimo de dar en cara al maestro Bretón.

Un éxito ficticio lo hacen los amigos; un verdadero éxito solo lo hace el público, que afortunadamente comienza á soltar los andadores.

Véase el éxito cada día más creciente del *Garin*.

Cuando esta obra se aplauda en el extranjero—porque será aplaudida—será cosa de encararse con los enemigos de Bretón y decirles:

—¿Eh? ¿Qué tal el Peral de la música?

No salgamos de los dominios del arte.

Los Sres. Donato Jimenez y Ricardo Calvo, tomando la ocasión por los cabellos y agarrándose á una indicación de *Clarín*, que dijo deseaba ver trabajar juntos á los pocos buenos actores españoles que tenemos, se han descolgado con un incalificable comunicado contra D. Antonio Vico.

Todas las miserias de bastidores salen á plaza, en lenguaje comedido, eso sí, pero inconveniente y desusado.

Echan en cara á D. Antonio que les debe dinero. Lo mismo suelen hacer los sastres.

D. Antonio, al replicar, se pone al mismo nivel que sus detractores, cosa que no está bien en un artista de su talla. Cuatro líneas diciéndoles que les iba á pagar hubieran sido suficientes.

Pero entablan una polémica de miserias ante las cuales el arte huye espantado y los adoradores de los ídolos se descorazonan.

¡Ah, señores actores españoles, y qué en cueros se manifiestan ustedes ante el respetable público!

Uno de los hijos de Noé ha sido celebrado por la tradición porque cubrió con un manto protector la embriaguez y las desnudeces de su padre ¿Porqué no han hecho lo mismo los periodistas y críticos? ¿Porqué no han disuadido á estos tres artistas de tan vulgar polémica?

¡Entusiasmarse con D. Antonio, con Donato y con Calvo para luego verles enredados en polémicas por cuestión de céntimos! ¡Pero si eso es la vil prosa!

A la hora en que escribimos esta crónica no hemos todavía visto le réplica de Calvo y Jimenez contra Vico, y Dios haga que no se publique.

Eso de ser en nuestro teatro pocos y mal avenidos es para desesperar á todos los que quisieran ver el arte español triunfante.

Echamos sobre estas miserias humanas los espesos velos que los políticos de oficio echan sobre todas las irregularidades que cometen.

Es la mejor manera de no ver nada.

El anarquismo nos invade; sus procedimientos están á la orden del día.

Un individuo, aspirante á Ravachol, ve en París un lujoso restaurant donde esos pícaros burgueses estan comiendo los más exquisitos manjares, ¿y qué hace? Coge piedras del arroyo y comienza á arrojarlas sobre aquellos devoradores del sudor del *probe*, y de paso rompe espejos y lámparas. Viene la señora justicia, cógelo y *fícalo* en la cárcel. Estos infames burgueses hacen así las cosas.

Otro ciudadano entra en el café de Colon, de Vigo, pide un saculento almuerzo, saturado de excelentes vinos, llega la hora fatal de la cuenta, yérguese altivo y dice: Yo no pago. ¡Soy anarquista!

En Oviedo un ciudadano fusionista se presenta candidato, cógenlo sus adversarios, administranle una paliza, viene la autoridad, lo lleva á *chirona* y no se lo come vivo por un milagro de Dios ¡Procedimientos anárquicos!

Un recaudador de contribuciones de Sabadell cobra unos recibos que importan unos miles de pesetas, tiéntale el diablo, se enamora de ellas, las estrecha contra su corazón y desaparece del mapa. ¡Anarquismo puro!

Los secuaces del señor feudal de la comarca de Tarrasa ven que no pueden ganar unas elecciones, llegan á Olesa, amedrentan á los electores, vuelcan el puchero, falsifican el verbo, y proclaman candidato al compañero Sedó, digno compinche del compañero Romero Robledo ¡Anarquía, nada más que anarquía!

Reúñense á discutir en Santander mi apreciable amigo Coll y Puig y el compañero Iglesias. Invade

la multitud el local, hablan los dos atletas, razonan, peroran, se exaltan... y se oye una voz que dice ¡el edificio se viene abajo!

Socialistas y federales salen disparados por ventanas y puertas y se hacen un montón en el suelo, confundiendo de modo que lo que no pudieron hacer las razones lo hace el miedo á morir aplastados. También hay allí anarquía, igualdad en la santa tierra, confusión de clases, montón anónimo...

Todos los hechos y sucesos revisten ahora el típico carácter del anarquismo. ¿No paga usted al sastre? Anarquista. ¿Sacude usted el polvo á su mujer que es una derrochadora? Anarquista. ¿Toma usted un trabuco, sale usted á un camino, detiene usted á los caminantes y los deja en la puras carnes? Anarquista. ¿Pasa V. por la calle armado de un revólver, lo dispara usted contra los transeuntes y mata tres ó cuatro para hacer boca? Anarquista. ¿Entra usted en el café, pide usted un vaso de limón, no lo paga, y da V. además de propina una puñalada al mozo? Anarquista. ¿Da V. un puntapié á un burgués, se afeita V. solo, se merienda V. un niño, estropea usted á la suegra, convida V. á un zapatero, fraterniza V. con un sacamuelas, tiene V. un golondrino, se da V. un mordisco en la frente, baila V. el bolero, aplaude V. á Perrin y Palacios, se casa V. con la criada?.. ¡Anarquista! ¡Anarquista! ¡Anarquista!

Todo, todo es anarquismo.

Gritemos, pues, con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Viva la anarquía!

FLIDAN

NIEVE EN LA SIERRA

(CONSEJOS MORALES)

— ¡Hola! ¿con que te fastidia el levantarte temprano y dando diente con diente, con los libros bajo el brazo, ir á clase, pasar lista, y mirar al catedrático mientras habla de unas cosas que á tí te importan un rábano? Pues, hijo, no hay más remedio que pasar así diez años y sufrir muchos exámenes y pasar muy malos tragos para recoger un fruto pequeño en plazo muy largo. Ya sé yo que no hace gracia lo de atracarse de farrago metiéndose en la cabeza términos enrevesados, definiciones oscuras y silogismos del diablo. Pero... mira esa montaña verde, espléndida en verano y hoy con los copos de nieve envuelta en blanco sudario. Hace allí un frío horroroso de esos que hielan los pájaros y cortan como un cuchillo los pulmones más templados. Sobre las rocas peladas no vive un solo gusano; los árboles sustituyen las hojas con los carámbanos, las fuentes están heladas, los senderos solitarios, no alegran ya los oteros

los numerosos rebaños, ni se oye de los pastores el melancólico canto. Lo que era valle risueño es hoy un desierto blanco, y escondidos en las chozas todos los seres humanos, ateridos no trabajan y viven tristes y aislados. Sufre la naturaleza silenciosa, y entre tanto por rendijas y agujeros se va la nieve filtrando para trocarse en la sávia que ha de dar, en breve plazo, lozanía á la floresta, y al valle vida y encantos. Sin esa prueba terribles que, aunque da pena, es descanso, no brotaría la hierba en primavera en los prados ni en los árboles frondosos harían nido los pájaros. En cambio cuando el deshielo inicia el rey de los astros, empiezan á salir flores entre peñas y guijarros, vuelve á cantar el arroyo los maizales regando, y en decoración espléndida se trueca el desierto páramo. Ve, pues, como te conviene levantarte muy temprano y estudiar esos problemas que te calientan los cascos, porque sin el crudo invierno en la senda del trabajo ya no tendrás en la vida primavera ni verano.— Esto me decían siempre que yo pedía llorando una horita más de sueño, ora en Diciembre, ora en Mayo. Pero yo oía el discurso como si lloviera á cántaros, y ni Dios me levantaba antes de las diez y cuarto.

SINESIO DELGADO.

LAS NOTABILIDADES

Si yo tuviera el menor presentimiento de que esta azarosa vida de escritor, á que me aconsejé sin duda me he metido, me había de proporcionar algún día la reputación suficiente para llegar á ser una notabilidad, aseguro á ustedes bajo mi palabra, que tiraba en este momento la pluma más alta que las más altas estrellas.

Porque ser en este mundo una notabilidad, es peor que ser un escritor sin sueldo, cesante sin cesantía, ú hombre de bien con ingleses.

Si todos los que corren tras la veleidosa imagen de la gloria supieran los trabajos que cuesta alcanzarla y los inconvenientes que tiene el haberla adquirido, de seguro que se quedarían más plantados que amantes en esquina.

Si es usted escritor humorista y crítico por añadidura, le cayó á usted que hacer, como decirse suele. Autores y actores le consideran un monstruo devorador de reputaciones. Los ministros, el ser más in-

CUESTIÓN SOCIAL



—¡Ocho horas de trabajo! ¡Ay, Pepito! ¿qué es lo que pide esa gente? Yo me moriría.

LA NOVIA DEL CARBONERO



Llega á casa, y naturalmente, enseguida se enteran sus padres de lo que ha ocurrido.

moral del mundo porque saca á plaza sus defectos. Los artistas creen ver en usted el censor más despreciable ó injusto, y sus compañeros mismos le odian por no poder alcanzar igual gloria. Los hombres imparciales se creen con derecho á darle á usted un fuerte abrazo cada vez que le encuentran en la calle. Los partidarios de la literatura humorística, dicen que es usted hombre de chispa, aficionado al vino y á las muchachas, pero bonachón y amable aunque algo feo. Eso sí, para tener reputación hace falta que digan de usted lo que de un amigo mío: «No se le puede mirar, pero se le puede leer.»

Si es usted pintor, y dejando á un lado los mil disgustos que le proporcionará la envidia de todos los de su arte, tiene usted sobre sí: el *abum* de Fulana para que le haga usted alguna cosa (¿que le haría usted?), la carta de Zutano para que la envíe usted, regalado por supuesto, un bocetito cualquiera como recuerdo de tan gran hombre; y la visita de Mengano, que en nombre de la amistad le ruega le haga usted un retrato al óleo, también gratis, pero... de cuerpo entero.

¿Es usted torero? (permita el cielo que nó). Pues la prensa taurina le tratará á usted lo peor que pueda, y puede bastante mal; este aficionado le pedirá á usted prestado un estoque, aquel inglés solicitará una capa, otro bobo querría un trozo de camisa bañado en sangre, quien una banderilla, cual otra cosa peor, y todos dirán delante de usted que tiene mucho corazon, y detrás que no sirve usted para el paso.

Y músicos, poetas, cantantes, literatos, militares, abogados, escultores, ministros, etc., etc., concluyen por morir ó suicidarse, no pudiendo soportar el peso de tanta gloria.

Porque no es solo esto; detrás vienen los fotógrafos pidiéndole permiso para reproducirle á usted en varias posturas, y después los fabricantes de fósforos crucificándole, en sus cajas, y se ve usted vendido á peseta en casa de Fe y á cinco céntimos en la puerta del Sol.

Sale usted á la calle, y todo el mundo le conoce, todos le señalan con el dedo, todos critican sus defectos.

¡Calle! ¡aquel es fulano! ¡Qué destrozado va! ¿Dónde echará ese hombre el dinero? ¡Pobre familia suya!

¡Valiente tío!—dice otro;—¡a mí no me puede ver ni pintado! ¿Pues no se atrevió á decir en una revista que mi teatro había reñido con el arte dramático?—¡Calla! ¿tiene usted un teatro?—Sí, señor, recojo billetes en el de la Zarzuela—¡Ah!!!

Y él que mejor le trata á usted es aquel que sólo le ha visto una vez y que viene con los brazos abiertos, le estruja y exclama á voz en grito:

—¡Hola, Gutierrez! ¡Qué tal, hombre, qué tal! ¿Escribes mucho? Pepe me ha dicho que va á romperte el alma si no esplicas lo que has querido decir al llamarle memorable, porque dice—¡y con razón!—que él será tonto, pero memo!... antes la muerte.

Y si va usted de prisa á un negocio tiene usted que llegar una hora más tarde de lo regular porque es imprescindible contestar á la sonrisa de una bella, al saludo de un estúpido, á la observación de un sandio y á las impertinencias de todos los que envidian su reputación.

A menudo se encuentra usted en casa con uno de esos perfumados billetes en que se empieza llamándole á usted amigo y se concluye advirtiéndole que hay *buffet* y que se bailará. ¿Qué debe usted hacer? Lo que mejor le cuadre, teniendo en cuenta que si asiste, es por el *buffet*, porque usted es muy glotón, y si no asiste, lo achacan á exceso de orgullo, concluyendo por decir: «Son tan insufribles estos que se

creen notabilidades!»

¿Hay rifas de beneficencia?—Pues el primer duro ha de ser el de usted.—¿Diversiones piadosas?—Le reservan á usted un palco.—¿Le hacen á usted un pantalón?—Lo paga doble.—¿Le dan á usted un balazo en duelo?—Cobarde.—¿Es usted el que le da?—Matón.—¿Se niega usted á batirse?—Prudente.

Y en fin, parece usted los siete vicios sin conocer á ninguna de las virtudes.—¿Por qué?—Porque le conocen á usted los perros y gatos y porque en una notabilidad los detalles son defectos, los defectos vicios, y los vicios crímenes.

¿Tengo ó no tengo razón en no ambicionar la gloria? ¿Es ó no es envidiable una reputación que le proporcione á usted un desafío diario, un insulto á cada hora y una censura á cada minuto?

Quédese, quedese el deseo de verse anunciado en *La Correspondencia* y el de ser objeto de varias conversaciones para el que pueda acostumbrarse con facilidad al fandango social.

Yo por mi parte repito que arrojaría la pluma si algún día (como no lo espero) me proporcionara ésta la nombradía que ha llevado á otros, los cuales al leer estas líneas es probable vean alguna verdad entre las variaciones de este artículo.

L. R.

ELECCIÓN

Rodaron vasos,
cayó la mesa,
y entre las voces
y las blasfemias
de los rivales
y las flamencas
sonó el acento
del Pejiguera
diciendo:—¡Niños!
¡No seais *pelmas*!
¡Mirar mi cara!
¡Guardar las *teas*
ó sus santiguo
con dos *almendras*!

Gracias al amo
de la taberna
y á un individuo
de la secreta
que intervinieron
en la pendencia,
dieron los chicos
las heramientas,
pidieron cañas,
siguió la juerga
y acabó aquello
como debiera:
sin compromisos
y con decencia.

Importó el vino
cuatro pesetas
y una lo roto
en la contienda.
Sacó el Cariños
una cartera,
metió las manos
el Matafieras
en los bolsillos
de la chaqueta,
sacó dos cintos
el Pejiguera

y todos á una
dijeron:—¡Menchas!
Hoy no pagamos;
pónlo en la cuenta!

Se encaminaron
hacia la puerta
y ya en la calle,
sin ver apenas,
dijo el Carriños:
—Compare, aspera.
Pá que esto quede
con más decencia
y entre nosotros
no haiga más fiestas,
mañana mismo
yo y tú á la Pepa
la preguntamos:

—Oye, flamenca:
entre éste y mangue
¿con cuál te quedas?

Estais conformes
con mi propuesta?

—¡Olé, compare,
lo que diqueñas!
Eso se llama
tener vergüenza.
¡Choca esos cinco,
barbian, aprieta,
porque es la Biblia
lo que chanelas!
Aceto el trato
sin *arrodeas*
siendo testigo
el Pejiguera.

Se separaron
sin más dilemas
citándose antes
en la taberna.

—¡Trás, trás!—¿Quién llama?
—Nosotros, Petra.
—Estoy yo sola.
—¿Pus y la Pepa?
—¡Calla, compare,
no me hables de ella!
¡La muy tunanta!...
¡La sinvergüenza!
Se me ha llevado
la ropa negra
y esta mañana,
sin que lo olierá,
¡salió en el barco
pá Cartagena
con el pelmazo
del Pejiguera!

VENANCIO SERRANO.

EL CHALECO DE LOS APUROS

El chaleco es sin disputa la prenda más inútil que
gasta el hombre, porque salvo para guardar el dine-
ro y tenerlo en las ocasiones más á mano, ¿quieren
ustedes decirme para qué sirve?

¿Que ciñe él cuerpo? ¿que le abriga? Patarata.

Una buena zamarreta vale por seis chalecos super-
puestos.

Esto, que es tan claro como la luz, nunca se lo
pude hacer entender á mi amigo Pepe Ferrán, allá

en los tiempos en que juntos íbamos á la Univer-
sidad.

Posteriormente, cuando las circunstancias de la
vida nos separaron, siempre que de higos á brevas le
encuentro, le pregunto:

—¿Has reformado tus ideas sobre los chalecos?

—Jamás. En esto es en lo único que soy conse-
cuente.

Debo advertir que mi amigo Pepe ha recorrido
con el mayor cinismo y el mayor provecho todos los
partidos políticos.

Y es preciso convenir en que Ferrán tiene más de
un motivo para ser entusiasta de esa inútil prenda.
¡Acaso le haya debido la fortuna que posee!

De esto no estoy seguro; pero lo que puedo afir-
mar es que cuando estudiábamos le servía á las mil
maravillas.

Vivíamos ambos en casa de huéspedes, solo que la
mía era bastante más modesta, pues nuestros medios
no eran iguales.

Pepe recibía una buena mesada de su padre, y
la gastaba en los primeros de mes. Mi paga llegaba
hasta mediados, pero los quince días restantes vivía-
mos como podíamos.

Para estas ocasiones era el chaleco de los apuros.
Y es preciso que explique como era, porque me
parece que le estoy viendo.

Su fondo, negro, negrísimo; lo que le hacía resal-
tar más era un enorme encasillado de cuadros blan-
cos. Aquel chaleco se veía á tres kilómetros de dis-
tancia.

Pepe vestía con mucha elegancia; ordinariamente
su ropa era oscura.

Llegaba el día que no teníamos un céntimo. En-
tonces descolgaba el chaleco, se lo ponía, y á dar sa-
blazos.

El pretexto que buscaba era muy natural.

Abordaba á la víctima y le decía:

—Chico, he cambiado de chaleco y me he dejado
el dinero en el otro. Haz el favor de prestarme cinco
duros para un compromiso.

Como á la vista saltaba que el cambio era verda-
dero, porque, como digo, el chaleco aquel era tan
vitoso, ninguno se escamaba y soltaba la mosca.

También es verdad que Pepe pagaba en los pri-
meros meses así que recibía el dinero de casa.

Pero se volvió un gandul para los ingleses.

Sobre todo en los mozos de café hizo un estrago.

Tomaba cuanto quería, llamaba, echaba mano al
bolsillo y en seguida un ¡ah! de extrañeza.

—Mira, Paco, he cambiado de chaleco y se me ha
olvidado el dinero. Déjame un par de duros y apun-
ta esto que he tomado en la cuenta.

Lo mismo hacía en los despachos de los teatros,
pues conocía á los taquilleros; lo mismo le pasaba
con los cocheros, con los fondistas, con los tenderos.
¡Siempre había cambiado de chaleco!

Al cabo de cierto tiempo los amigos y las víctimas
de Pepe comenzaron á fijarse en que éste mudaba
muy á menudo de chaleco.

Como esta prenda era tan conocida por los cua-
dros blancos, así que veían acercarse á mi amigo se
ponían en guardia, y en iniciando éste lo del cambio,
daban el cambiazo y tomaban las de Villadiego.

Poco á poco se fijaron todos, y así que veían bri-
llar de lejos los cuadros denunciadores, doblaban por
la primera esquina.

Cundió pronto la voz y luego supo la ciudad en-
tera que Pepe se ponía la coraza aquella de cuadros
para ejercitarse en la esgrima.

Aquel chaleco llegó á infundir pavor.



ÓPERA EN CUATRO ACTOS DEL MAESTRO D. TOMÁS BRETÓN
Estrenada con grandioso éxito en el Gran Teatro del Liceo, el día 14 de Mayo de 1892.

Un día hizo desocupar Pepe todo un café, así que entró con la prenda puesta.

Los cocheros le huían, los mozos de café se hacían los distraídos.

Ya llegó á ser axiomático: eclipse del chaleco, dinero en Pepe.

La prenda, llamada por nosotros el chaleco de los apuros, llegó á apurarnos de veras.

Pepe comprendió entonces que todo el mundo había descubierto su treta, y fué, esta vez con el chaleco en la mano, á vendérselo á un prendero.

Seis reales nos dieron por él, que nos gastamos en café y tabaco.

El ropavejero colgó la vistosa prenda como muestra á la puerta de la tienda.

Todos los ingleses de mi amigo al pasar por delante de ella, la echaban una mirada de odio.

En esto llegaron las vacaciones y Pepe se marchó á su casa y yo á la mía.

Al año siguiente fué mi condiscípulo y amigo á estudiar á otra Universidad, á la de Madrid.

Y averigüé, por una carta que me escribió otro amigo, que Pepe Ferrán había empezado á explotar allí otro chaleco de cuadros.

En fin, que á los chalecos debe su carrera de abogado, y acaso para prosperar en política se haya valido también de chalecos.

¡Como si lo viera!

DANIEL ORTIZ

TIEMPO PERDIDO

(La escena se desarrolla

En la calle del Burdel:

Personajes: ella y él.

El es pollo y ella polla.

Marchan juntos calle abajo)

EL.—¡Caramba! ¿Sabé que

Es muy rebonita usté?

ELLA.—Muchas gracias (Bajo)

Yo debo ruborizarme

Porque me ha dicho bonita.

EL.—Pues sí, sí, señorita;

Ha logrado V. chiflarme.

Mi lengua palabras no halla

Para expresar su hermosura.

¡Tiene V. una cintura!

¡Y unos... ELLA. (Aparte) ¡Calla!

Creo que se formaliza!

¡Si se me irá á declarar!

Me voy á ruborizar

Otra vez (Se ruboriza)

(En voz alta) Me figuro

Que me hace mucho favor.

EL.—(Muy sério y con calor)

Es justicia; se lo juro

(Mirándola cara á cara

Con bastante desparpajo)

¿V. es soltera? ELLA. (Bajo)

Nada! Que se me declara.

(Alto) Pues sí, soy soltera.

(Aparte) Ya iba á decirle

Soltera... y para servirle.

¡Si una hablar claro pudiera!

EL.—(Indiferente) A fé

Que debe estar orgulloso

Aquel hombre venturoso

Que se case con usté.

ELLA.—(Aparte) Ya se atreve.

Ya se me vá á declarar

Y no le dejo escapar

Si se porta como debe.

¡Y no es mala mi conquista!

EL.—(Sério) ¿Sabe por qué

Me es tan simpática usté?

ELLA.—(Bajando la vista

Y aparte) Ya le le cogido;

Este ya no se me va.

(Alto) ¿por qué? V. dirá.

EL.—Porque es muy parecido

Su rostro al de mi señora!

ELLA.—(Con mucho descaro)

Peró V. ¿es casado? EL.—¡Claro!

Con tres hijos... por ahora.

ELLA.—(Casi hecha una fiera)

¡Bestia! entonces, para qué

Me ha hecho perder usté

El tiempo de esta manera?

(Y ella le dá un empujon

Que le hace volver atrás)

ELLA.—¡Un desengaño más!

El calla y....

CAE EL TELON.

ANTONIO SERRA.

LA FUERZA DEL SINO

No intento, querido lector, demostrarte la existencia de esa fuerza misteriosa que unos llaman *fatalidad*, y otros la designan con nombres más ó menos gráficos; voy únicamente, pues esto es lo que conviene á mi objeto, á hacer constar por medio de un ejemplo, que hay individuos en quienes parece confirmar aquello de que parece que han *pisado alguna mala yerba*; tomando algunos párrafos algo curiosos de las Memorias de un amigo mío.

No te garantizo la veracidad de la relación, pero te aseguro desde luego que es muy poco afortunado en cuantas empresas acomete, razón por la que merece algun crédito.

Hoy vive retirado en una provincia, desde donde me suele escribir de cuando en cuando contándome sus peripecias. Suele salir de caza y matar á su perro favorito, regala una escopeta al alcalde, y al día siguiente se pega éste una perdigonada al ir á probarla. En fin, es tan desgraciado, que ha encontrado una mujer que cargue con él regalándole *cinco suegras*, la madre, la abuela y tres tías solteronas.

Omito los innumerables detalles que podría darte, y paso á contarte un episodio de su vida estudiantil: tomándole, como he dicho antes, de sus Memorias:

«Digan lo que quieran, yo soy fatalista.

Así como hay *simoun* en Africa y fiebre amarilla en América, ingleses en Europa y víboras en la India, hay en este admirable conjunto de seres que forman el humano linaje y que se sujetan á las tres condiciones del arte, unidad, variedad y armonía, individuos que *gozan* de lo que se llama *mala sombra*, y yo soy uno de ellos.

Con un saludo doy una calentura, y con un apretón de manos una congestión cerebral.

¿Si habré yo nacido para médico?

Desgraciadamente, esta cualidad de producir el mal, recae principalmente en mí; es decir, soy persona agente y paciente al mismo tiempo.

Un día quise ayudar á un pobre hombre que se había caído sobre la nieve, y al darle la mano me escurri con tan poca fortuna, que me rompí las narices contra la cabeza del ayudado; siendo lo sen-

sible, que le perforé el cráneo: tal había sido la violencia del golpe.

En amor he sufrido las más tremebundas decepciones; siendo entre ellas una de las más atroces el amor que inspiré á una vieja.

Está visto; yo solo puedo inspirar al demonio.

Todas estas desgracias, sin embargo, no consiguieron abatirme; una sola pudo más que todas ellas; es la única vez que he estado á punto de pegarme no uno, sino dos ó tres tiros

Yo amaba á una joven fresca y sonrosada como las flores de Abril.

Fué aquella una época de las más felices de mi infeliz existencia; casi llegué á olvidarme de mi destino.

Los papás de la niña, no solo no ignoraban, sino que habían prohibido terminantemente nuestras relaciones.

Sin embargo, el amor vence imposibles, y poco menos que imposible era burlar la activa vigilancia paternal que á todas horas nos seguía.

Mi novia era romántica, recitaba de memoria el *Diablo mundo*, y poco le faltaba para tener el diablo en el cuerpo.

Yo, que tengo la desgracia de hacer versos, agotaba mi imaginación pasando los días enteros componiendo romances, sonetos, octavas, silvas, etc. etcétera, sin que jamás pude componerle otra cosa, y eso que tenía muy descompuesta la cabeza. Lucía que así se llamaba, era en mis versos más bella que la Aurora, y en el mes de Agosto, hacía yo que el aura meciese sus cabellos, favor que nunca me agradeció.

Desgraciadamente, el amor más sublime tiene que sujetarse á las exigencias de esta pícara existencia mortal, y yo gastaba mi pobre imaginación en convencer á la criada y hacer trabajar á la ramilletera, con quien tuve más de una cuenta pendiente, sin poder realizar nunca un corte de cuentas.

Una noche... ¡ay! no puedo recordarlo sin espanto, mi novia asistió á la representación de *Don Juan Tenorio*, y yo, habiendo gastado mis últimos 14 reales en unos guantes, me encontraba sin un cuarto.

Ir sin un cuarto siguiendo á una mujer, aunque esta mujer sea vuestra prometida, es estar en un continuo compromiso; así es que acudí á un discípulo para que me prestara cinco duros.

—Carlos,—le dije—un favor que jamás olvidaré exijo de tu amistad. ¿Tienes cien reales?

Mi amigo me miró con dolor.

—¡Cien reales!—dijo; y dejando caer la cabeza sobre el pecho, contestó desalentado:

—¿Te bastan veinte?

—¡Un duro! Venga—dije alargando la mano— ¡con un duro puedo salir del paso!

Mi amigo me lo dió, y yo, después de abrazarle cariñosamente, salí de su casa con el corazón henchido de alegría.

Llegué al teatro luciendo mi pantalón ceñido según la moda de la época, más satisfecho que un conquistador que acaba de ganar una batalla.

Habíamos oído aquellas famosas quintillas: «No es verdad, ángel de amor, etc. etc.», durante las cuales había tenido yo fija la vista en el palco de mi novia, repitiéndole con los ojos las amorosas y ardientes frases que D. Juan dirige á D.^a Inés, cuando se acercó á mí el acomodador pidiéndome la butaca.

Yo le alargué el pedazo de papel que tan caro me había hecho pagar el revendedor; cuando él, alzando la voz con esa insistencia que da la mala educación, me dijo:

—Es falso.

—¡Falso!

—Si, señor, y va á salir V. inmediatamente de ahí.

Contuve mi cólera, y sacando el duro del bolsillo se lo entregué acompañado de estas frases: «Guarde V. la vuelta; á la salida me enteraré.»

Pero .. la pluma se niega á escribirlo; en aquel momento tenía cuatro mil ojos fijos sobre mí; el duro aquel no era tal duro, sino un botón de gabán que mi amigo me había dado equivocadamente. El acomodador se insolentó, y yo, queriendo huir, fui á saltar por encima de la butaca; pero en aquel momento, un ruido más horrible que el de las trompetas que derribaron los muros de Jericó, resonó en mis oídos: el pantalón acababa de rasgarse por la entrepierna, y... excuso pintar la escena

Al salir de la sala, D. Juan gritaba:
«Llamé al cielo y no me oyó.»

L.

LAS ESTACIONES

I.

El próximo pasado viernes Santo, á su esposo, Narciso de Otrotanto, pidió permiso doña Lola Arcones, pues quería correr las Estaciones. Y como buen católico Narciso, concedióla permiso accediendo á sus nobles intenciones. Por lo cual muy ufana doña Lola, con gracia sevillana, se puso la mantilla en un instante, y marchóse triunfante á cumplir los preceptos de cristiana.

II.

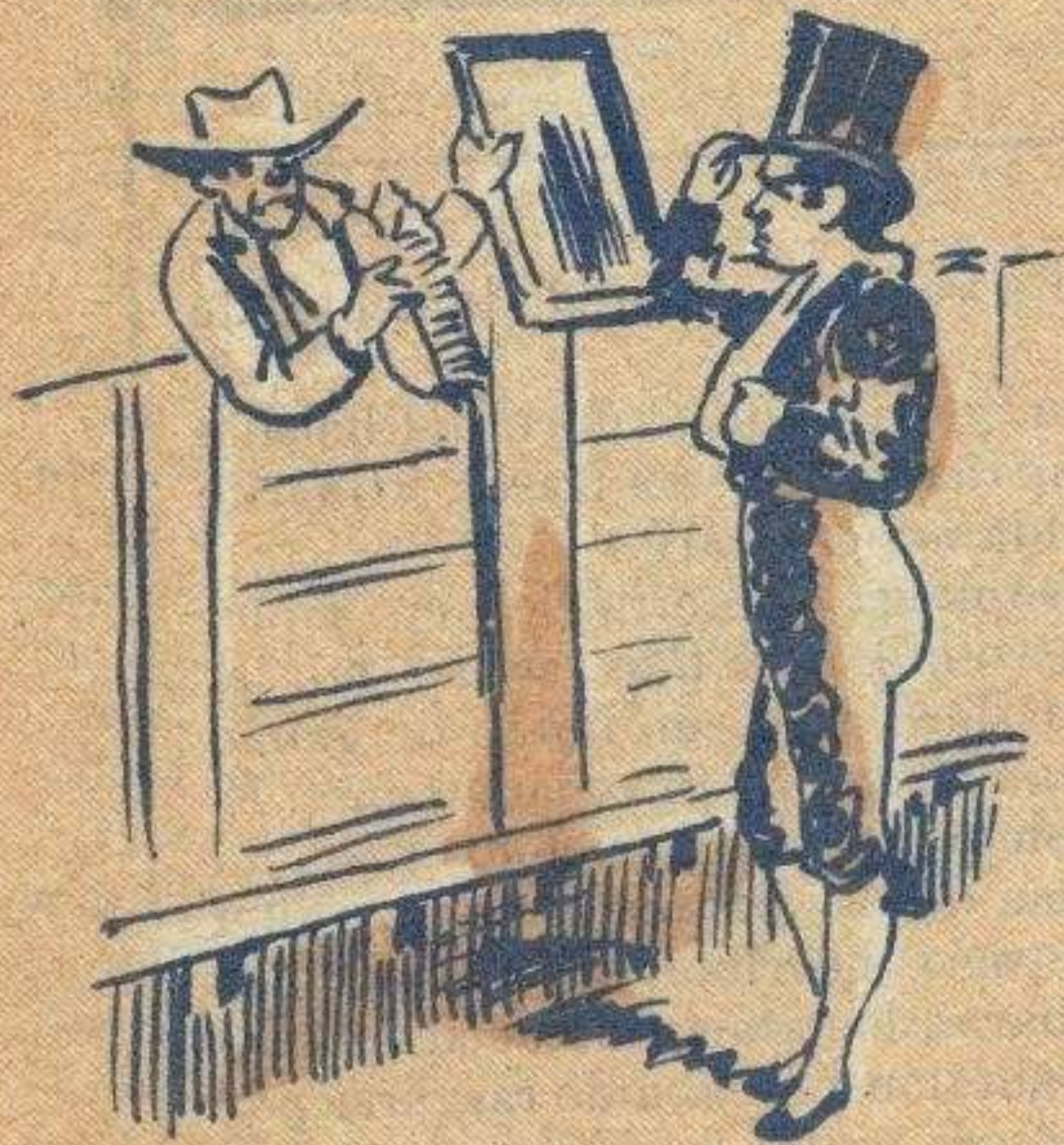
El marido aquel día esperaba á un amigo, que venía si no recuerdo mal, de un pueblo fronterizo á Portugal y con el simple objeto de abrazarle á las Delicias fué para esperarle. Yo no se por qué el tren, llegaba unos minutos retrasado y Narciso, cansado de esperar á su amigo en el andén, comenzó á pasear malhumorado; y queriendo saber la solución de por qué el tren tardaba, se coló, de rondón, en el cuarto del Jefe de Estación, para ver las noticias que le daba. Y al entrar en aquel departamento el corazón se le cayó en pedazos, porque vió en un asiento, á un Jefe—¡Oh decepción!...—de *Movimiento* ...y á Lolita en sus brazos!...

III.

¡Por algo ella, con nobles intenciones le pedía permiso, á su esposo Narciso, para poder correr las estaciones!.....

EMILIO DE LAS CASAS.

EL TOREO, MODERNO



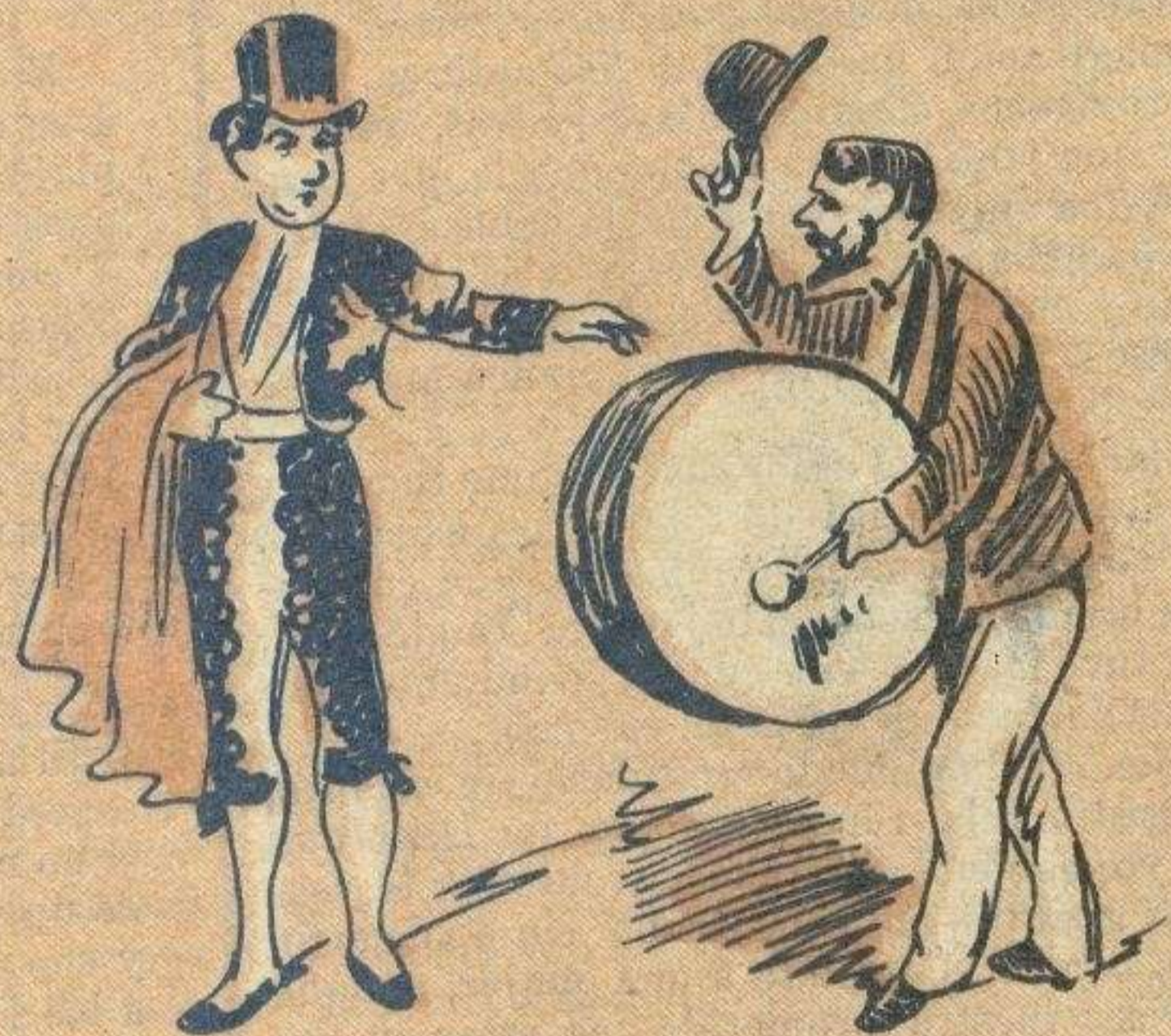
Adonis taurino;



Sirvenie criados.....



y tiene cronistas.....



y bombo alquilado.



Es de los fotógrafos
un buen parroquiano,



Y de él más sé escribe
que de Carlo Magno.



Me gusta chistera.....



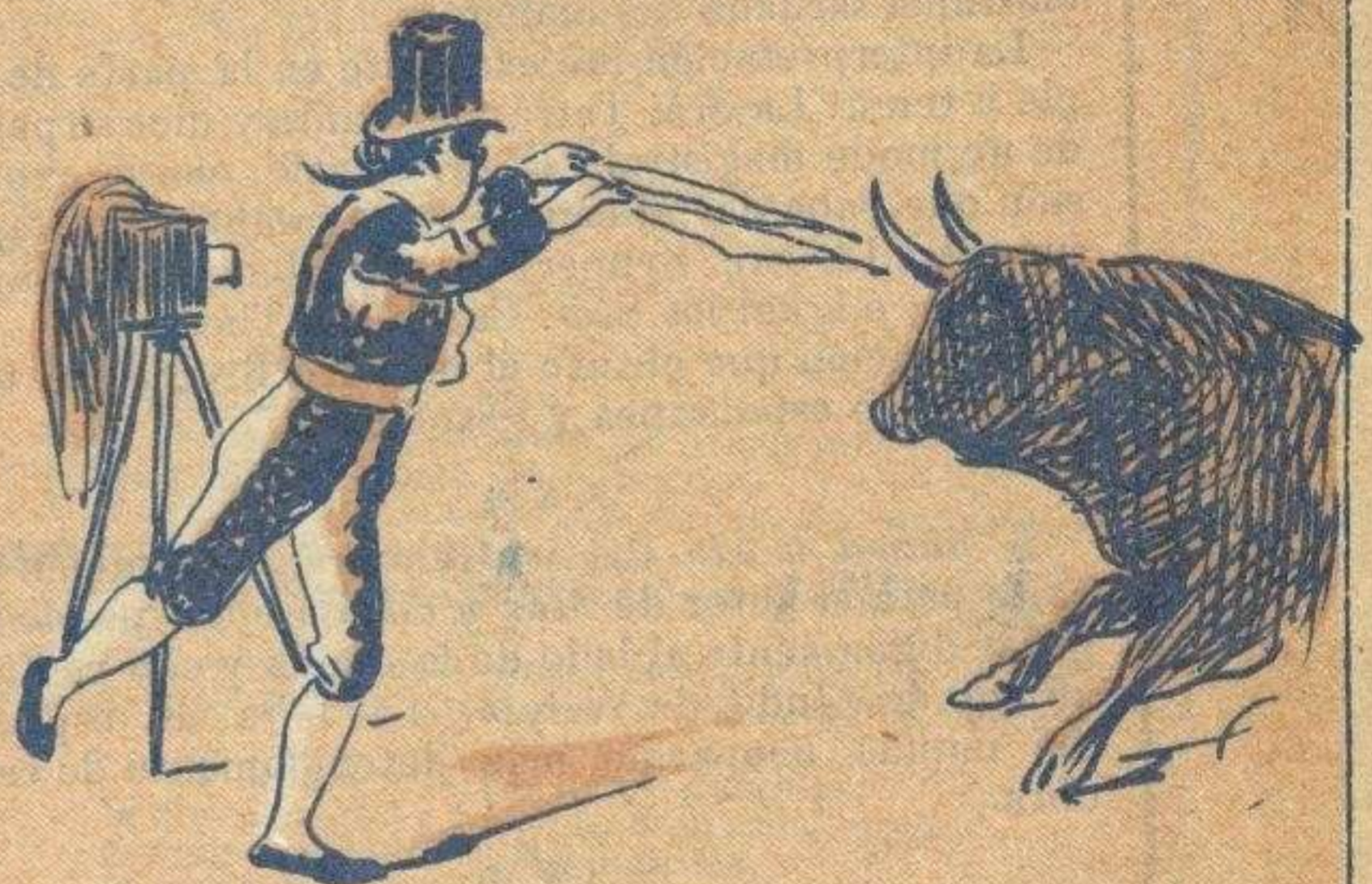
Agarra los trastos.....



Enfoca.....



Le cita.....



¡Jujuy!...



En el rabo.





BARCELONA

DESDE EL PATIO

Una crítica detallada de *Garín* resultaría estemporánea, pues ya todos los periódicos que ven la luz en Barcelona han echado su cuarto á espadas sobre este nuevo y precioso *spartito*; límitome, pues, á consignar algunas impresiones del día del estreno.

En su última obra, ha dado pruebas el maestro Bretón, de conocer el mecanismo, digámoslo así, de la música. Inspirándose en Beethoven, Gluck y Wagner, preocupándose en gran manera de la instrumentación, ha escrito páginas preciosas, como son todos los coros, sumamente cuidados, según nos enseñan los grandes maestros; el concertante del segundo acto, y el *preludio* del acto tercero.

La parte melódica se manifiesta también en la *balada* de *Witilda*, en la *invocación* de *Garín*, y en el duo de tiple y tenor del acto tercero.

Los aires populares que en la ópera aparecen, están tratados por mano maestra, sobre todo la preciosísima sardana del epílogo.

La interpretación fué excelente en la parte de tiple y tenor. La Sra. Tetrizzini canta y dice su papel de un modo magistral. El Sr. Garulli, con la expresión que sabe dar al canto, hace también un *Garín* superior. La Sra. Synnerberg muy bien en su papel de Aldo; é igual los Sres. Carobbi y Thos.

La ovación que obtuvo el maestro Bretón fué tan justa como espontánea y grandiosa.

**

L'ánima morta, del Sr. Guimerá, fué también un éxito para el autor de *Mar y cel*. La obra puede figurar dignamente al lado de la citada y con ventaja al lado de «*Judit de Welf*». La falta de espacio me impide ocuparme más detenidamente de esta obra.

**

«*Agustina de Aragón*», otro de los estrenos del sábado pasado, resulta una obra adocenada é insípida. A pesar de los esfuerzos de Romea para salvarla, el público la recibió con frialdad.

**

En «*Jules Vert et Compagnie ó el barón del pelo crespo*», estrenada en Eldorado en la favorecida noche del sábado antepasado, demostró el Sr. Molas y Casas que sabe dar gusto á cierta clase de público que le agrada ver el escenario convertido en pista de circo, y á los actores en payasos. El Sr. Cotó compuesto para esta obra una música que no es *chicha* ni *limoná*; pero la obra dará buenas entradas, que era lo que sus autores *se proponían demostrar*.

NARCISO GAY VIETA.

DESDE MADRID

Estrenos

ZARZUELA.—Estreno de la en dos actos *Gerona*. Sus autores han querido hacer una zarzuela *epi-sódica* del corte de *Cádiz*, y no lo han logrado. El

episodio, resultó al final; pero no crean Vdes. que motivado por el curso de la obra; ¡quía! por una numerosa prole de *defensores*, que la empresa había colocado en el paraíso... teatral, los cuales, tomando las protestas del público, por insultos á la *plaza* que *defendian*, llegaron hasta el extremo de insolentarse con él, y llamaron á grandes toques de clarín, á los gobernadores de la misma, que resultaron s. r.: de la *liga* literaria, el señor Rojas; y de la *cruzada* musical, el maestro San José (Teodoro; no el carpintero).

La interpretación queda al arbitrio del lector. Añada á lo expuesto por nosotros, en el artículo anterior, que los actores estaban atónicos y tendrá una idea de lo que fué el estreno.

En APOLO se ha estrenado una zarzuelita que lleva por nombre *Las campanadas*, con el hierro de la ganadería de los señores Arniches y Cantó, y á la cual ha puesto música el maestro Chapí.

Letra y música fueron muy celebradas y sus autores llamados á escena antes de terminar la representación.

La ejecución, á ratos bien, y á ratos, bien... apayasada.

CIRCO DE PARISH.—El señor Caicedo continúa atrayendo numeroso público. El último viernes, día de moda para la *high-life*, vimos á las principales familias que residen en esta localidad—como dice Constantino Ceballeta, en *Militares y Paisanos*.

COLÓN (CIRCO DE)—Han debutado con muy buen éxito los *clowns* *Tonino* y *Antonet*.

Hay en este Circo una mujer, *Alberta Magrini*, que llama la atención por su hermosura y por los perros que trabajan bajo su dirección. Señora y perros son muy aplaudidos todas las noches.

Hasta la próxima.

Madrid 19 de Mayo de 1892.

TARTARIN.

MISCELÁNEAS

El juez.—Usted llevaba un bulto debajo del brazo cuando se le prendió.

El acusado.—Sí, señor.

El juez.—¿Y qué era?

El acusado.—Un golondrino.

En el cuartel.

—¿En qué te ocupabas antes de ser soldado?

—En guardar cabritos, para servir á usted, mi capitán.

—El barón ha dicho que soy el canalla mayor del siglo y voy á pedirle una satisfacción.

—Hombre, aguarde usted á que se acabe el siglo... ¡Quién sabe si habrá otros!

Epigramas

Ya sé que tienes Luisa
coche y palacio.
¡Grande fortuna has hecho
con cuatro cuartos!

¿Cómo te llamas? ayer
pregunté y dijiste: Pura.
Yo te aseguro que hoy
no repito la pregunta.

SANTOS OLONIANO.

En un círculo de militares dice un siete mesino:
—Aunque paisano, yo también soy valiente.
Y le replica el teniente Fierabrás:
—Sí; ¡valiente... tipo!

En un escritorio.
Un padre presenta á su hijo como dependiente.
El banquero pregunta:
—¿Tiene disposiciones para la banca?
—Admirables —contesta el padre— A los cinco años ya robaba los cuartos del cajón.

En un baile.
Una señorita á un caballero:
—Le concedo á usted el último baile.
—Es que entonces ya no estaré yo aquí.
—Ni yo tampoco.

Cabos sueltos

*Ayer por tí me moría,
hoy tú te mueres por mí,
y mañana ¡suerte impia!
vivirás sin mí alma mía...
y yo viviré sin tí!*

La ilusión es un ensueño...
sombra que entre sombras crece
y cuando más se aproxima,
se desvanece.

Con ansia sin igual besé sus rizos...
¡y luego resultó que eran postizos!

Si en los ojos está el alma
ó el alma se asoma á ellos,
¿cómo podría conocerse
el alma de un hombre ciego?

*Por fin, Pedro Zaragata,
cabo de guardias civiles,
se casó en cabo de Gata
con Juana Cabo y Perniles.*

Yo el gusto á los dos alabo,
pues son hermosos y esbeltos,
y es muy justo, al fin y al cabo,
que se aten los cabos sueltos.

SEBASTIAN LOPEZ ARROJO.

—¿Podría usted prestarme quince duros para pagar al casero?
—No, señor. Prefiero que le deba usted á él que no que me deba usted á mí.

En las carreras de caballos.
—¡Ah, vizconde! ¡Qué bien ha estado usted cuando se ha caído! ¡Me ha hecho usted desternillar de risa!

Mlle. REICHEMBERG

La señorita Reichemberg obtuvo el primer premio de la Comedia en el Conservatorio (1868) y fué contratada para el teatro francés. Debutó en *L'ecole de femmes* y fué muy aplaudida. Los autores franceses escriben para ella desde entonces los principales papeles de dama joven. Pertenece al teatro francés desde 1872, y cada nueva producción en que toma

parte es un triunfo para ella. Siempre joven, siempre hermosa, siempre *espiritual*, ó revelando ternura, ó gozo, ó melancolía, entusiasmo á los espectadores aún en los papeles más difíciles. La señorita Reichemberg es el niño mimado de los concurrentes á la Comedia francesa.

ESCENAS DE GARIN

Toda la prensa de Barcelona sin excepción alguna ha tributado merecidos elogios al grandioso drama musical de Breton, y la pluma y el lápiz se han complacido en ensalzarlo. LA SAETA ha querido dedicar también su modesto homenaje á la obra del músico y en las planas centrales de nuestro semanario reproducimos las principales escenas de esa ópera que está destinada á dar la vuelta al mundo.



- J. Unión.—Irán las tres virtudes.
 - P. M. Valencia.—Se publicará.
 - J. D. S.—No sirve.
 - Cucufate.—Empieza bien y acaba floja.
 - E. C. Irá.
 - A. R. L.—Irá alguno.
 - El de las Saetas.—Fojillo.
 - A. S. Valencia.—Por ahora no es posible porque hay muchos gastos y la cosa no dá todavía.
 - P. R. G.—Ha hecho usted mal en apostar. Ese papá que pega está en la diezmillonésima edición de tal hazaña.
 - Tartarin.—Mande esas crónicas sin salirse del espacio trazado.
 - S. de C.—Sigo en mis trece. No es prevención. ¿Cómo quiere usted que me guste una composición que empieza así:
«Tu, la más salerosa de las chatillas,
la que pisa con gracia cimbreando el talle,
con aire revoltoso de seguidillas,
la reina imagina ser de mi calle,
la que rompe más pares de zapatillas?»
Ese cuarto verso es una desgracia.
 - N. G. V.—El sábado por la mañana. Aunque no me gustan los versos dedicados á señoritas, irán los de la persona por quien usted se interesa, pero sin ejemplar. Los otros de que me habla veré si los puedo colocar en este número.
 - R. G. L.—Eso no vale nada, amigo mío.
 - Canuto.—Irán algunos.
 - S. L.—Veré de publicárselo pronto.
 - V. P. R. Madrid.—Renueve usted los versos, pues no se dónde los he puesto.
- Quedan varias cartas por contestar.

Imp. Tallers, 51 y 53.

CORRESPONSAL EN BARCELONA

para la venta de los periódicos de Madrid
*La Correspondencia, El Liberal, El Globo,
El Pais y El Correo*

**Don Pedro Motilba, Rambla del Centro
Kiosco núm. 5.**

En dicho kiosco se proporcionarán números atrasados de los periódicos antes citados al que lo desee.

UN ESPADA



Pocas libras, buen trapío,
bien armada, de poder...
Pus, señor, yo me decío
á trastear á esa mujer.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO E ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.

Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.— Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo